

«Matar á un hombre culpable con la autoridad de las leyes, no es pecado; pero todo homicidio que se ejecuta contra la autoridad de las leyes, es un verdadero asesinato. ¡Detestables homicidas, vosotros destruis lo que no podeis restablecer! Sabed que el homicida nunca tiene buena muerte: así, cuando un asesino pasa junto al cadáver de su víctima, brota la sangre de esta pidiendo venganza al Señor.»

Este trozo es de una belleza imponderable.

Aunque Maillard tiene menos animacion que Menot, no es raro encontrar en este orador felices inspiraciones y fecundos gérmenes, que la elocuencia desarrolló mas adelante.

«Pecadores mundanos, dice en cierta ocasion, ¡ójala el Señor no os trate como mereceis! ¿Os hallais, por ventura, en el estado en que quisiérais morir?— Vosotras, mujeres, que lucis vuestros impuros adornos, ¿querriais sucumbir en el estado en que os encontráis? Creo que de mil no se contarían cuatro. Haré oír en este sitio la trompeta del juicio final, y pronto sabremos quiénes son los que responden al llamamiento.— Os pregunto: ¿teneis hecho algun convenio con Dios, para cuando os halleis al borde de la tumba? San Agustin os responde que esto es imposible.— Entonces me llamarán y no responderé, por haber despreciado mis mandatos y no haber tenido temor de Dios; os he llamado, y habeis rehusado seguirme; he alargado mi mano, y nadie ha echado una mirada hácia atrás.— Infelices pecadores, ¿qué direis en el lecho de la muerte? Direis: ¡ay! ¡ay! Por esto os advierto que con tiempo debeis arreglar vuestras conciencias.»

Entre Maillard y Massillon, dice Henry, media la misma distancia que entre el bosquejo de un discípulo y el cuadro de un maestro; pero la idea es idéntica, ambos pregun-

tan á la conciencia de sus oyentes, y valiéndose de las mismas imágenes, despiertan ante ellos la memoria del juicio final.

RAULIN es mas severo y mas didáctico que Menot y que Maillard, sin tener la viveza de sus giros ni la novedad de sus espresiones. La coleccion de sus trabajos oratorios, publicada bajo el título de *Camino del Paraiso*, es mas bien un tratado ó guia de las almas piadosas, dispuesto en forma de discursos para que los predicadores puedan hallar materiales útiles en sus tareas.

El único punto de semejanza entre Raulin y los oradores de que hemos hablado, son algunas anécdotas; mezcladas con la narracion y destinadas á confirmar los preceptos. Existe uno de estos relatos, que inspiró á La Fontaine una de sus composiciones. Raulin compuso asimismo varias obras ascéticas, muy estimadas en su tiempo.

BARLETLE ó Barlet fué tenido en gran estima por sus contemporáneos; pero siguiendo la escuela italiana, en opinion de Henry, trasformó el púlpito en teatro. Su principal empeño es divertir á sus oyentes, y la enseñanza moral parece no ser mas que una cosa secundaria, un accesorio.

A fines del siglo XV y principios del XVI, la historia nos demuestra que ya se comenzaban á corregir los defectos de los oradores que hemos citado, todos ellos en realidad apegados mas ó menos fuertemente al estilo escolástico, mezclado con las familiaridades y digresiones que hemos indicado. Molinier, Senault, Texier, Biroat, Joly, Fromentieres y Claudio de Lingendes fueron mas correctos; este último no tuvo sobre su siglo



toda la influencia que podia haber adquirido, porque antes de publicar sus sermones los tradujo al latin.

La religion seráfica nos ofrece entre otros á Roberto de Licio, muy elogiado por Marchand (1), y de cuyos sermones se hicieron numerosas ediciones. Savonarola se distinguió mucho (2), y asimismo San Bernardino de Sena, el V. Alberto Sarciano, Nicolao de Bolonia, Pablo Mafeo y otros cuya cita se haria enojosa (3.)

«La elocuencia de los Muretos, de los Aretinos y otros muchos, escitó en el siglo XVI la emulacion indispensable de los predicadores para persuadir con arte: entonces fué cuando se acostumbraron á reducir á un prudente método el estilo y la práctica antigua de convencer por medio de la simple autoridad, aumentando de nuevo la fuerza de la razon y del artificio para despertar los afectos que no se movian por una diction sencilla. Este es el modo que tuvieron de sobresalir los oradores de algun primor. No fué crecido su número á causa de las dificultades ordinarias. La multitud, ni quiere mejorar con facilidad, ni dejar adelantar á otros; lo que ejecuta con industria para que no conozca su tiranía. Muy poco tiempo fueron estos perfectos oradores, porque la perfeccion, aunque sea de pocos, pide la diligencia de muchos por largo tiempo. Mas trabajaron con fatiga y con buen éxito varones insignes, que dejaban cada vez mas lejos á los mismos que fueron ilustres en sus dias. Esto se entiende sin perjuicio de la sinceridad animada é incontestable de muchos de los anti-

(1) Marchand, *Diccion. Historiq.*, tom. art. *Caraccioli*, página 150.

(2) *I. Fr. Pec. Mirandulæ Princeps, vita Savonar*, cap. 7, pág. 17, ed. P. Quetif.

(3) *Epist. 199 ad Justinian Veronense*, ed. Mantuæ, 4498.

guos. Su diction obraba prodigios por un color santo, por la persuasion propia, por las virtudes personales y por la gracia aneja á estas disposiciones. Ninguno se ha atrevido á negar la eficacia de los sermones de San Vicente Ferrer y de otros muchos; pero la diction natural es la que en el siglo de las buenas letras, siendo regulada por el artificio, hace que se distinguan muchos sugetos en la opinion de personas cultas. La extraordinaria virtud con que los antiguos acompañaban sus discursos, es la que aun dá á sus sermones una verdadera autoridad y un prestigio indestructible.»

EL P. JEUNE. En opinion de algunos críticos franceses, de este orador sagrado parte la reforma del ministerio del púlpito en su pátria, concediéndole por esto en todas las historias una gran veneracion. Los sermones que del P. Jeune conocemos, merecen ser leidos todavía por nuestros predicadores, no pareciéndonos estraño que Masillon, que los elogia, procurase imitarlos en cierto sentido. Se distinguen, mas que por la correccion en el estilo, por la originalidad y la abundancia de la frase; siendo digno de ser conocido entre otros el trozo final de uno de sus sermones, que vamos á trascribir:

«Lo que mas me asusta, lo que me espanta y sobrecoge, esclama, tratándose de la condenacion del réprobo, es la duracion de sus suplicios: si me preguntáseis ¿cuánto tiempo ha que el rico avariento está en los infiernos? os diria que, segun el calendario de este mundo, hace mas de mil y seiscientos años; segun el calendario de Dios, solo dos dias: *Unus dies apud Dominum sicut millen anni, et mille anni sicut dies unus*; segun el calendario del infierno, hace mas de cien mil años, porque los momentos son en aquel sitio años y las horas si-



glos; segun la medida de la eternidad, no ha trascurrido todavía una sola hora, ni un minuto, ni un instante, porque nada disminuye ni pasa en la eternidad.

San Juan Bautista dice que el Hijo de Dios pondrá el trigo en su granero y echará las patatas en un fuego que no se apagará nunca; y el profeta Isaias afirma que el interior de aquella funesta morada será de pez derretida, siempre humeante de día y de noche y por todos los siglos de los siglos. No solamente se interesa aquí la justicia de Dios, que debe ser honrada eternamente, sino la verdad de sus palabras, firmes, inmutables é irrevocables: *Justitia tua, justitia in æternum, et lex tua veritas; quæ procedunt de labiis meis non faciam irrita*. San Juan dice, que no se debe pedir por un hombre que perseveró en su pecado hasta la muerte. Si Dios no me lo prohibiera, tendría el atrevimiento de presentar ante su trono escelso una humilde súplica en favor de cualquier amigo mio que en la actualidad esté en el infierno, y diria:—Dios mio, vos no exigis de ese desgraciado mas que algunas lágrimas de verdadera penitencia para compadeceros de su miseria; permitidle que de cien mil en cien mil años derrame una tan solo y que esta sea infinitamente pequeña; haced, Señor, asimismo que su ángel de la guarda la conserve y él será inundado de gozo con esto solo. Despues añadiría: Cuando hubiere derramado tantas lágrimas que su corriente sea bastante para anegar todas las casas de esta ciudad, ¿podrá, Señor, obtener entonces el perdon de vuestra misericordia? Y el Señor me contesta por boca de Ezequiel: *Non miserebor*. Cuando hubiese derramado tantas como agua han arrojado todas las fuentes y contienen todos los rios y todos los mares del mundo, ¿podrá esperar perdon? El Señor me responde por el mismo Profeta: *Non parceret oculus meus*. Cuando hubiere derramado las suficientes para llenar el vacío que hay entre el cielo y la tierra, no vertiendo sino una lágrima cada cien mil años, ¿podrá esperar que le favorezca vuestra compasion? *Non miserebor et non parceret oculus meus*. Nunca, nunca

tendré compasion de él... Si os dijeran que de un huevo habria de salir cierto día un millon de áspides, de escorpiones, de culebras y de víboras, ¿lo romperiais? Os parece que no es nada un pecado mortal, porque no veis sus malos efectos; pero es un huevo que encierra el gérmen de donde han de salir mil funestas eternidades: eternidad de hambre, eternidad de enfermedad, eternidad de dolor, eternidad de vergüenza, eternidad de ignominia, eternidad de tormentos, eternidad de fuegos y de llamas, eternidad de pesar, de tristeza, de despecho, de rãbia y de horrorosa desesperacion...

¡Ah Dios mio! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Dios mio? ¿En qué pensaremos si en esto no pensamos? Cuando medito acerca de la eternidad, me pasmo, me pierdo y no sé en dónde estoy; me pongo fuera de mí, y me siento inclinado á imitar al Profeta, yendo por las calles y plazas llorando y esclamando con penetrantes gritos: eternidad, eternidad, eternidad: *Intelligite, insipientes in populo, et stulti, aliquando sapite*. ¿Somos cristianos, somos hombres? ¿dónde está nuestra fé? ¿Dónde está nuestro juicio, si no nos apartamos cien millas de distancia de las márgenes de aquel precipicio, del riesgo, del peligro, de la sombra de aquella infeliz eternidad? ¿Y no es cierto, mis queridos oyentes, no es cierto que tengo motivo bastante para llorar, cuando considero que existiendo todo aquello, y aun no siendo nada cuanto he dicho en comparacion de lo que es en realidad, no me ayudeis á meditarlo? ¡Y aun tendreis valor para asegurarme que sois cristianos! ¿No tengo motivos para llorar cuando considero que en esta hora en que os hablo, muchos conocidos vuestros y mios, muchos de los que pecaron como nosotros, que pecaron por causa nuestra y menos quizá que nosotros, están padeciendo tan horribles tormentos?... y si me preguntais ¿cuándo saldrán de ellos? Me veo precisado á deciros: Nunca, nunca, jamás saldrán de allí. ¿No tengo motivo para derramar lágrimas de sangre, cuando considero que entre los que están presentes (¡áh, mi Dios y mi Señor!), entre los presentes mis-



mos, entre los que saldrán de aquí, entre los que me ven y me escuchan, hay quienes padecerán todas esas penas que he referido y cien mil penas mas?

Si, alguno de nosotros, el que menos lo piense, es posible que vaya esta semana ó este mes, ó lo mas tarde antes que el año concluya. ¡Dios mio! ¿habrá aquí uno? quizá haya mas de dos que arderán en el infierno por toda una eternidad. ¿Sereis vos éste? ¿sereis vosotros? ¿seré yo que estoy enseñando á los demás? Yo tengo mas motivos que nadie para temer: rogad á Dios por mí, mis amados hermanos, pedidle, rogadle que tenga misericordia de mí. ¿Cuál de nosotros será ese? ¿es posible que haya aquí uno solo en esta reunion tan dichosa? Si supiera que en esta santa casa habia uno, uno tan solo que debiera contarse entre los réprobos, yo no sé lo que haria; si le conociera, bajaria de este púlpito en el instante, y tomando en las manos un crucifijo, suspirando y sollozando, me postraria á sus piés, se los bañaria con mis lágrimas, le suplicaria, le exhortaria, lo amenazaria, le acosaria y no lo dejaria hasta que no hubiese dado seguridades de su conversion. — ¡Ay! le diria, tú eres un réprobo, tú eres, tú serás eternamente el objeto de la cólera de Dios... Nó, ¿no gozarás nunca de Dios para lo cual has sido criado? ¿no lo glorificarás nunca?... ¿Esa tu alma, hermana de los ángeles, será eternamente la compañera de los demonios, y ese tu cuerpo permanecerá sumergido en un lago de cieno y de azufre ardiendo? ¡Qué infelices y desgraciados fueron tus padres al concebirte, si has de servir para pasto de la muerte eterna, ¡infeliz y desgraciada la hora en que proyectaron casarse, cuando de su casamiento debia salir tan dañosa estirpel! ¡Desgraciado y mal empleado el trabajo que pusieron en educarte... la tierra que te sostiene, el pan que comes y el aire que respiras, todo esto sirve solamente para mantener y conservar á un desnaturalizado, á un irreconciliable y eterno enemigo de Dios!...

Cristianos, lo que diria yo á este réprobo os lo digo á vos-

otros, y á mí primeramente, si no mudamos de vida y no hacemos penitencia. Pensemos en esto que nos importa.»

SAN FRANCISCO DE SALES. Dotado de un alma feliz y tranquila, de un corazon puro, de bondad y dulzura, de palabras angélicas para atraer á los hijos extraviados de la Iglesia, hizo con su predicacion numerosas conversiones. El orador que consulta ante todo los intereses de Dios y la salvacion eterna de los que le escuchan, no puede dejar de ser elocuente, aun cuando para espresar sus ideas emplee un lenguaje mas ó menos correcto. Por esta causa muchos santos hicieron en todas épocas estraordinaria impresion en el ánimo del pueblo, y sin temor de ser desmentidos, podemos asegurar que fueron grandes oradores. ¡Cuánta no debia ser, en efecto, la elocuencia de San Francisco de Sales, por ejemplo, cuando en sus dulces y patéticas instrucciones inflamaba á los justos con el fuego del amor divino, inspiraba á los pecadores el vivo deseo del arrepentimiento y reducía á muchos hereges al seno de la Iglesia! Oigamos á uno de sus panegiristas, que es á la vez un célebre historiador.

«Así que se presentaba, dice, en la cátedra del Evangelio, la dulzura y modestia de sus miradas, el fuego vivo y penetrante de sus ojos y el tierno y melodioso eco de su voz abrían desde luego todos los corazones. Su elocuencia no era semejante al impetuoso torrente que agita con estrépito sus aguas, sino al apacible rio que penetra poco á poco las entrañas de la tierra y fertiliza las próximas campiñas; no puede compararse al rayo que asusta y amedrenta, sino al resplandor de una luz pura, que creciendo por grados, obra sin esfuerzo, consume insensiblemente los vínculos de los antiguos hábitos



y lo cambia todo sin destruir nada... Pinta, en fin, con colores tan vivos, representa con toques tan tiernos la tiranía de las pasiones, el reposo y el júbilo de una buena conciencia, las puras y castas delicias de la virtud, las esperanzas futuras, las infinitas misericordias de Dios y las cariñosas expansiones del amor santo que se apodera de todas las voluntades, el arrepentimiento de la vida pasada y los deseos de una nueva conducta en armonía con sus consejos.»

El P. Luis de la Riviere escribió de una manera elegante la vida de San Francisco, dando detalles interesantísimos para justificar el ligero juicio que acerca de su elocuencia acabamos de consignar.

**SAN VICENTE DE PAUL.** El nombre solo de este héroe de la caridad, del cual nos ocupamos anticipando algo la narración histórica, y sin perjuicio de completar los vacíos que vamos dejando á nuestro paso, despierta en nuestra alma el mayor y mas legítimo entusiasmo.

El manantial fecundísimo de sus inspiradas exhortaciones y discursos, el origen de su elocuencia, como el resorte de sus acciones todas, fué el amor á su Dios, reflejado en la criatura. Grandes trastornos habian secado las fuentes de la caridad: una corriente de indiferencia, de ignorancia, de corrupcion hacia presagiar la segunda decadencia; era necesaria un alma vigorosa, fuertemente apasionada, dispuesta al sacrificio; y la Providencia, siempre celosa, siempre incansable en el bien, dió el mundo á San Vicente de Paul. El sacerdote ilustre pasó sin ser *conocido*, pero sus obras durarán tanto como el mundo para consuelo de la humanidad.

«La guerra en los campos, la anarquía en las ciudades,

los escándalos en los gobiernos, la miseria en los pueblos, un cisma en la Iglesia y las desastrosas contiendas de los teólogos, que llegaron á batirse y morir como los hombres de guerra. Templos y altares derribados, sepulcros profanados, sacerdotes perseguidos como fieras, bárbaras mutilaciones y escenas de furor, cuyo recuerdo horroriza... á escesos tales dieron lugar los que *comian el pan de la impiedad y bebían el vino de la violencia.*» De una manera tan exacta como elcuento describe el señor Muñoz y Garnica (1) el estado de la Europa á la aparición de Vicente de Paul; así, añade, se inaugura en el mundo el espíritu privado, el derecho de insurreccion, el protestantismo, la libertad de conciencia y la cruzada contra Roma.

San Vicente de Paul fué cura párroco en Clichy la Garenne y en Chatillon; en ambos pueblos hizo prodigios de celo, de abnegacion y de virtud. A los méritos relevantes que contrajo en el ejercicio pastoral, siguió el establecimiento de las misiones que inauguró en Folleville, diócesis de Amiens, el año 1617, con un éxito asombroso. San Vicente de Paul y San Francisco de Sales se hallaron en mitad de su carrera, y ambos se buscaron, se adivinaron, se auxiliaron para derramar inmensos beneficios sobre la tierra.

Pero ciñéndonos al objeto de nuestros estudios y deduciendo de los datos que hemos consignado el gran mérito de la elocuencia de San Vicente de Paul, debemos recordar sus famosísimas *Conferencias* eclesiásticas, á las cuales asistia lo mas distinguido del santuario. De las conferencias resultaron los seminarios, y en los seminarios se educa el clero mas ilus-

(1) *Coleccion de Panegiricos* antes citada, y que jamás nos cansaremos de elogiar.



trado y virtuoso de las naciones todas. La religion y la patria están vivamente interesadas en sostener á su mayor altura estos establecimientos, mal dotados entre nosotros, y á los que no obstante consagran su paternal solicitud los RR. Prelados españoles, recogiendo ópimos frutos de sus desvelos.

Bossuet, al hablar de San Vicente de Paul, decia que era el alma de las asambleas del clero, y en ella derramaba la uncion y la luz, *pium cætum animabat Vicentius*. Con la sencillez de un niño y la sabiduría de un gran maestro preside y dirige las conferencias del clero; su palabra devuelve á la religion su antiguo espíritu, y la elocuencia, estragada y corrompida por segunda vez, recobra, siquiera sea lentamente, su primitiva sencillez y antigua magestad.

San Vicente ordena legiones de misioneros, que predicán en los campos, en los talleres y en las cárceles, viviendo como peregrinos en la tierra y llevando á apartadas tierras la semilla del Evangelio.

Contemplando en otro terreno á este caudillo intrépido de la caridad cristiana, ¡qué idea nos es dable formar del poder de su elocuencia por los frutos de su palabra! ¡con cuánta ternura exhortaría á las santas mujeres destinadas al servicio de los pobres enfermos y de los heridos, de la humanidad afligida por el dolor! ¡con cuánta eficacia, con cuánto fervor no se espresaría para hacerse oír de los ricos, de los presidarios y de los soldados! La historia no mirará con indiferencia nunca uno de los discursos mas patéticos que pronunció en defensa de los niños espósitos abandonados. Oprimido su corazón é instigado fuertemente por esa virtud sublime que prestaba á su alma la energía del amor maternal, sube al púlpito y mezela sus sollozos con los clamores de aquellas ino-

centes criaturas. Las ofrece de nuevo al sexo compasivo que lo rodea, y en seguida, aprovechándose de la sensacion que semejante espectáculo no puede dejar de producir, esclama:

«La caridad, la compasion os han elevado á la sublime categoría de madres, segun la gracia; madres sois de estas tiernas criaturas, abandonadas por las que lo fueron segun la naturaleza. Ved ahora si vosotras quereis imitarlas, si podeis sumirlas en un nuevo y mayor dolor, en una horfandad inicua y absoluta. Dejad, dejad de ser sus madres para convertirlos en jueces inflexibles.... la vida ó la muerte de estos pobres niños están en vuestras manos: yo mismo voy á recoger vuestros sufragios: es ya tiempo de que pronuncieis el fallo... delante los teneis, vedlos con ojos de misericordia, vedlos de qué manera esperan sollozando vuestra sentencia. Delante los teneis. Vivirán si sois caritativas, si continuais dispensándolos vuestros cuidados; de lo contrario, hermanas mias, mañana habrán todos perecido....»

A este discurso siguieron abundantes lágrimas y rasgos de sublime caridad: ya no fué necesario votar, cada cual recogia un huérfano y le estrechaba contra su pecho: las tiernas criaturas cesaron de gemir, y un himno de entusiasmo fué la respuesta del auditorio; desde aquel instante quedó hecha la fundacion y dotado con cuarenta mil libras de renta el hospital de niños espósitos de París.

He aquí el triunfo del orador.

Podríamos presentar otros muchos lugares de la elocuencia de Vicente de Paul. Siempre que hablaba, ya fuese en conversaciones particulares, ó en discursos públicos, demostraba que los talentos que habia recibido de la naturale-



za eran admirablemente sostenidos por las virtudes celestiales que llenaban su corazón.

Lo mismo acontece, aunque en diversos grados, con todos los predicadores á quienes el espíritu de Jesucristo anima y sostiene. ¿Qué no pudiéramos decir en esta época de un Cardenal de Berulle, de quien el célebre Du Perron decia: *Si quereis convencer á los hereges, enviádmelos; si quereis convertirlos, llevadlos á Francisco de Sales; pero si deseáis convencerlos y convertirlos al mismo tiempo, es menester enviarlos á M. de Berulle?* ¿Qué no podríamos escribir de un P. Suffren, que atraía la muchedumbre alrededor del púlpito, y despues de dominar á todos sus oyentes con la autoridad de sus palabras, los conmovia con el ejemplo de su piedad? ¿Qué de un Padre Edmundo Anger, que en tiempos de Enrique III, por su celo y por su elocuencia convirtió á cuarenta mil protestantes? ¿Qué, por último, de todos esos oradores de la Compañía de Jesus, de las congregaciones del Oratorio, de San Lázaro y otros, que han predicado y aun predicán con tanto celo y provecho en los campos, en las ciudades, en la corte de los principes y en todas partes? ¡Ahl cada vez nos convencemos mas de que nuestra tarea es interminable: trabas enojosas, pero inquebrantables, nos impiden dar toda la estension que quisiéramos á este libro, que de hoy en adelante nos proponemos revisar y enriquecer constantemente, á fin de que, así como hoy constituye la humilde ofrenda del agradecimiento y el cariño hácia el *mejor de los Padres*, en lo sucesivo pueda llegar á ser el testimonio mas grande del amor que profesamos á nuestros hijos.

## CAPITULO II.

Misticismo.—Origen y vicisitudes del Panegírico.—Desarrollo de los idiomas modernos: riqueza de nuestra lengua vulgar.—ESCUELA MÍSTICA ESPAÑOLA.—Consideraciones generales.—Venagas.—V. Juan de Avila.—V. Fr. Luis de Granada.

Causas intimamente relacionadas con las necesidades de la Iglesia, con el espíritu religioso del pueblo y la vocación verdadera de los predicadores, esplican clara y distintamente en nuestro sentir el adelantamiento progresivo de la Elocuencia cristiana en la época que nos ocupa: la teología escolástica, que habia producido grandes oradores, escritores distinguidos y obras de indisputable mérito, perdió terreno por la afición á los estudios clásicos. Desnaturalizado hasta cierto punto el verdadero carácter de la oratoria del púlpito, fué preciso volverlo al cauce de que tan lastimosamente se habia extraviado; y para esto, no era necesario tanto dictar nuevas reglas, como destruir las trabas enojosas de una dialéctica incomprendible y enfadosa, inspirarse en el gran modelo, imitar á Jesucristo, dar, en una palabra, luz al entendimiento y calor á la voluntad.

En momento tan crítico y oportuno alcanzó su mayor en-